

— Los tendré, madre, — respondió la joven uniendo su frente á la boca de su madre, apoyándola para prolongar la bienhechora influencia de aquel beso, — la obedeceré á usted en todo, pero ¿cómo podrá usted quitar de mi alma la desesperación que me causa el pensar lo que pienso del que yo tanto amaba?...



XI

EL CALVARIO

No obstante la exhortación tan animosa que á su hija había dirigido la señora Scilly, sintióse ésta no menos apenada y triste que Enriqueta durante aquella tarde y todo el día siguiente. Pudo desde luego observar que el estado de excitación nerviosa de la enferma continuaba; la joven no dormía, ni comía, ni lloraba. Parecía como si todas las funciones corporales hubiesen quedado paralizadas en aquel organismo violentamente herido por la funesta revelación. El visible desconcierto y perplejidad del médico la preocupaban grandemente, y llegaba á pensar que acaso aquella terrible sacudida pusiera en peligro la vida de su hija. Sabía que la pena mata á veces de un modo lento pero inevitable, como el más mortal veneno. Aumentábase su melancolía ante la fecha en que tales sucesos acaecían; el fin de año con tanta ansia esperado para pasar á las fronteras de la felicidad. Pero no brillaban para ellos en aquellos días ni la luz de la dicha ni la del sol oculto por una espesa cortina de lluvia, una de esas lluvias del Mediodía inagotables, eternas.

¡Cuán triste acompañamiento á su pena formaba

aquel monótono rumor del agua del cielo! ¡Qué cruel é irónico contraste el que le producía la lectura de las cartas de entrada de año! Eran de las amigas de París, y en todas se leían esos cumplimientos que tan vanos nos parecen aún en circunstancias normales y que tan irónicos nos resultan cuando llevamos en el alma sangrienta y oculta herida! También se decía en ellas que la paz moral y felicidad de los novios aceleraría su convalecencia; y que ningún marco era más á propósito para tan santos amores como aquel hermoso paisaje de Sicilia. Tanto en las cartas como en los telegramas que recibió, la palabra *enhorabuena* pasaba sin cesar ante sus ojos. La gente que, según los misántropos, se complace en la crueldad, parece que extrema su ira cuando no sospecha el mal que en determinados momentos causa... Tal fué el efecto que aquella lectura produjo en la Condesa; para evitar á su hija tan penosa emoción, no quiso leérselas. Por su parte, Enriqueta tampoco lo solicitó. Parecía haberse borrado en su cerebro la noción del tiempo; su mirada febril y fija ni aun siquiera se posó un punto en las iniciales F. N. que veíanse sobre la cómoda en la cubierta del obsequio que á su novio preparó.

Por más que tal olvido del tiempo fuese por un lado beneficioso, aumentaba, sin embargo, la inquietud de la Condesa. Pensando estaba la mañana de año nuevo sobre qué sería mejor, si traer á su hija otra vez á la realidad del momento ó dejarla sumida en su olvido de todo, cuando un incidente fácil de prever la decidió á una nueva tentativa en favor del joven. A primera hora recibió de Nyrac una carta

que debió enviar desde Catania con un propio, puesto que no tenía sello de correos, y con aquella epístola llena de sentidas quejas venía una caja larga y baja en cuya tapa veíanse escritos el nombre y dirección de la que Francisco ignoraba si continuaría siendo su prometida. Levantó la Condesa la tapa con emoción no exenta de curiosidad. Aroma de flores llenó la estancia. Dentro de la caja y en lecho de violetas yacía una frágil y delicada estatuita de barro cocido, obra maestra del arte antiguo; la Condesa recordó haber visto algunas semejantes en una visita que, acompañada de los novios, hizo al museo de Palermo. Era la imagen de una mujer envuelta en un tul; tenía la cabecita graciosamente inclinada y adornada con una corona. Dibujábase el esbelto cuerpo bajo el velo que le cubría y una leve sonrisa expresaban sus labios y sus mejillas. El disfuminado color de las ropas y la forma delicada de la figurilla revelaban un ensueño de belleza acariciado por unos ojos cerrados muchos siglos antes, y reverdecido con aquellas flores frescas y olorosas. ¡Había en aquella ofrenda de amor el recuerdo de horas felices de una intimidad ya lejana! La señora Scilly que sólo había percibido el reflejo de aquella amorosa llama comprendió la ternura que el regalo significaba. Volvió á leer la carta lentamente y á contemplar la frágil estatuita siciliana. Después dijo en voz alta:

—Hay que intentar...

Y cogiendo la cajita con su cubierta fué á colocarla sin pronunciar palabra sobre la cama de su hija. Pronto reconoció ésta la letra de Francisco y casi al mismo tiempo vió el disfuminado color del barro co-

cido yacente en lecho de flores, vió también la leve sonrisa de aquella cara cuya cabeza se inclinaba y percibió el suave aroma de las violetas. Todo aquello evocó en la joven las horas de suprema felicidad aspirada junto á su amado en la apacible y risueña Sicilia; era un símbolo de su amor; símbolo por demás expresivo. Las frescas violetas le recordaban sus paseos por los jardines, el misterioso hechizo del invierno del Mediodía; la figurilla la expresaba su amor á la estética, al arte, despertado en aquella isla en donde Platón fué esclavo. ¡Cuánto amor la habían inspirado aquellas reliquias siempre vivientes del arte antiguo; aquella hermosa naturaleza, aquellos jardines llenos de violetas como aquellas, de rosas, de narcisos, de mimosas; aquellas salas de los museos en donde amontonados se veían bajo relieves, bronce, restos de templos, fragmentos sagrados donde palpita siempre la divina esencia de la belleza! Sí, aquel país inundado de luz la atraía; y le había amado más porque en él estaba el hombre elegido para compañero de su vida. Y ahora, ¿qué quedaba de aquel amor, de aquella felicidad? Ante la evidencia del contraste entre el pasado tan reciente y sus penas actuales, oprimióse el corazón haciendo brotar de sus ojos las primeras lágrimas después de la terrible revelación. Y seguía viendo velada por el llanto la estatuita delicada que la sonreía y la enviaba el aroma acariciador de las flores... Después rechazó el funesto regalo gimiendo más que hablando estas palabras:

—¡Cuánto daño me causa esto! ¡Qué sufrimiento!

—Llora, hija mía—le dijo su madre,—llora; no trates de contener el llanto; deja que las lágrimas

caigan sobre ti y sobre él, lágrimas de perdón para él, de salvación para ti...

Y al pronunciar tales palabras iluminóse el semblante de la Condesa con resplandores de alegría. Sentía como si con aquellas lágrimas se aliviase su espíritu de inmensa tortura; volvíale la vida á Enriqueta como vuelve después de una caída al cuerpo humano, que queda al principio anonadado al choque y comienza después á moverse; el primer grito que el dolor arranca, ese grito de resurrección. ¿Con qué pueden compararse mejor que con una caída al fondo de un abismo, esos tremendos golpes que sufre el alma precipitada por una revelación desde la altura del ideal acariciado á las profundidades de la materia grosera?

Entre el Francisco que ella había imaginado y admirado, y el que violentamente apareció ante sus ojos tan culpable y ruin; entre el sin fin de quimeras en que se había embriagado su alma y la amarga pena que ahora sentía, existía la misma inconmensurable distancia que separa á la ilusión de la realidad, al entusiasmo del disgusto, á la exaltación del desencanto; profundidades de abismos tan insondables como las más horrendas simas de los Alpes. Es la eterna historia de la humanidad que cae desde la hermosa región de los ensueños y de los anhelos al barro de lo mediocre que la absorbe. Pero, generalmente, tan tremenda caída no se efectúa de golpe, sino que va operándose poco á poco, en gradual descenso, en decepciones sucesivas.

No quiso la suerte de Enriqueta que sucediera esto último con ella, sino que traspuso de repente el her-

moso horizonte de esperanzas que ante sus ojos creyó tener; aquella perspectiva se había borrado de un solo golpe. Lo que lloraba entonces con la mejilla apoyada en la mano de su madre, era uno de esos sueños que hubiesen hecho sonreír á sus más inocentes compañeras del año anterior: tanta era su inocencia. Enriqueta lloraba su soñada felicidad de unirse á un hombre que no había amado á otra mujer antes que á ella, como ella no había amado ni amaría á otro hombre más que á él.

La esperanza de pasar la vida entera unida á un compañero leal y bueno, que no tendría para ella secretos ni en el pasado ni en el presente ni en el porvenir, como ella tampoco los había tenido ni los tendría; la dulce idea de abandonarse en absoluto á la conciencia del hombre que sería su genio constante y cariñoso en todos sus pensamientos, encontrando siempre en ello motivos para acrecentar su amor hacia él. Y aquel sueño había creído realizarle; le había realizado, puesto que Francisco se amoldó sinceramente á todos los deseos de su prometida.

El afán de emoción sentimental, que era el rasgo dominante de aquel carácter singular, le había instintivamente plegado á la manera de ser, merced á la cual Enriqueta y Francisco gozarían las más completas dichas del alma. Pero ¡ay! que él ya no la agradaba, ya la hacía llorar, ya no veía en él aquel temperamento que había juzgado tan conforme con su sueño desvanecido por aquella monstruosidad moral. A la repugnancia de aquella historia de adulterio se unía el horror de la comedia infame representada por el que, continuando su papel de hipócrita, buscó el

modo de avivar el recuerdo con el delicado regalito. A los consuelos de su madre respondía ella con el gesto de trágica protesta, como sucede cuando nos sacude la primera impresión de la iniquidad de la vida.

—¡No! ¡Yo no he merecido sufrir tanto! Si hubiere sido una mala hija; si hubiera querido casarme contra su voluntad de usted, ó fuera guiada por el interés ó por un título nobiliario, con la única idea de divertirme y gozar del mundo, justo sería el castigo... Pero Dios, que todo lo sabe, sabe también cuán firme era mi propósito de cumplir mi deber. ¡No es justo Dios al castigarme de este modo!

—¡Cuánta pena me causa oírte hablar así, ó más bien, verte sufrir de esa manera! ¿Sabes si esa prueba por la que ahora atraviesas, no es un beneficio? Sí... un beneficio. Supón que una vez casados os hubieseis encontrado á esa mujer y á esa niña, y que tú supieras entonces lo que has sabido hace dos días. ¿No hubieses lamentado no haberlo sabido todo cuando aún eras libre, antes de haberte comprometido para siempre?

—Antes ó después—dijo la joven—¿sería por eso menor la injusticia? ¿Qué hice yo para merecer ser herida en lo que me era máspreciado en el mundo, en este amor que era todo mi orgullo, toda mi alegría y toda mi esperanza?

—Era demasiada, sin duda, pobre hija mía; ¿qué hubiera sido de mí y de ti misma si hubiese yo tenido la desgracia hace quince años de pensar como tú piensas hoy, cuando yo estaba á la cabecera del lecho de muerte de quien tú sabes? Y él también era

todo mi orgullo, toda mi alegría, toda mi esperanza. Era mas aún, puesto que necesitaba de su apoyo para educarte.

He triunfado, sin embargo, de la desesperación, porque creía. ¿Qué diferencia hay entre creer y no creer? ¿De qué sirve la religión si no nos consuela en nuestras penas? Cuando tú dices, por la mañana y por la noche ¡Padre nuestro!, ¿qué significan para ti esas palabras, si no piensas que Aquel á quien tú hablas así, no se ocupa de ti con una solicitud igual á la que habría tenido tu padre, si viviese? ¿Cuando dices, *hágase tu voluntad*, qué significa si te rebelas á la primera prueba, y si te eriges en juez de esta voluntad divina? ¿Cuando lees en el Evangelio que todos los cabellos de nuestra cabeza están contados, qué sentido das á esta parábola, si no admites que todo lo humano está pesado, ordenado y medido por una voluntad superior? Antes te dije que llorases, ahora te digo que reces; sí, recemos juntas para que no vuelvas á tener los pensamientos que acabas de manifestar; recemos para que comprendas de nuevo que la mano de Dios está en todas partes; recemos para que no olvides esto en tus penas.

Apelando á los sentimientos religiosos de su hija, la Condesa faltaba al programa que se había impuesto desde mucho tiempo antes. En nada como en este punto tan personal y tan íntimo se manifestaba la diferencia entre aquellos dos caracteres. Para la señora Scilly el principio constante de la vida era la razón; sinceramente creyente y religiosa no conocía esa fiebre que da á los creyentes sed y hambre de martirio; para ella la religión era una regla, un apoyo de su

existencia moral, una consoladora esperanza. Para Enriqueta, igual que para su padre, aquel soldado valeroso hijo de un héroe, el principio y regla de la vida era el entusiasmo; pertenecía á esas almas que transportan toda su sensibilidad á las ideas, y en tales almas la religión reviste casi necesariamente la forma del misticismo, cuya esencia está en poder amar con todo nuestro corazón lo que con todo el corazón creemos. Aunque la señora Scilly no se había dado cuenta de la distinta situación moral de su hija, cuando ésta llegó á los quince años notó síntomas de una exaltación demasiado significativa para que no la espantara. ¿Acaso en esta época no había Enriqueta acariciado el proyecto de profesar en un convento, y con tal insistencia, que la Condesa había tenido que esforzarse para moderar, ó más bien apagar aquel ardor religioso? Esta había sido una de las razones por la que la Condesa se había alegrado tanto del proyectado matrimonio que descartaba definitivamente la perspectiva siempre temida de la entrada en un convento. ¿Qué madre, no siendo de una tribu fanática, da su hija á Dios, aunque sea muy creyente, sin sentir la protesta del cariño humano? ¿Pero cómo la Condesa podía abrigar los temores de otro tiempo, oyendo los gritos de duda de su hija, aquello que casi era una blasfemia arrancada por el dolor? No vaciló un punto en tocar por vez primera el resorte de la emoción religiosa del sentimiento, tan poderoso en aquel espíritu. No comprendió el riesgo que corría, despertando en aquel momento las vehementes energías de su alma romántica, de repente agitada interiormente en lo que

desde diez meses antes constituía el eje de su existencia moral. Al contrario, cuando terminó de hablar se felicitó al ver el efecto inmediato producido en aquel corazón enfermo por la evocación del único sentimiento que podía luchar, contra la pena del amor herido. Quiso aumentar la impresión uniendo el acto á las palabras. Arrodillóse y rezó la sublime plegaria que había iniciado momentos antes, después la *salutación angélica*, y esa oración en la que se pide al Salvador que nos consuele en nombre de sus trabajos, de su agonía y de su pasión, en nombre de su cruz y de su abandono, y la misma madre sentía invadido su espíritu atormentado por la paz que anhelaba para su hija, y más cuando al levantarse después de la plegaria le dijo Enriqueta:

—¡Qué bien me ha hecho usted, mamá!... ¡Me ha salvado usted de mí misma! Comprendo que tenía usted razón al ponerme frente al que jamás engaña.

—Y yo—exclamó la madre abrazándola—he encontrado á mi hija.

La alegría que la Condesa traducía en este grito y en este abrazo no debía durar mucho tiempo. Desde la tarde de aquel primer día del año comenzado con esta espezanza de calma, pudo distinguir en el fondo de la mirada de la enferma, algo impenetrable que la hizo preguntar con nueva inquietud:

—¿Te sientes peor?

—No, mamá—respondió Enriqueta;—al contrario, desde hace unos días nunca he estado mejor.

Estas enigmáticas palabras, lejos de tranquilizar á la Condesa, despertaron su desconfianza hasta el punto de que no perdía de vista uno solo de los movi-

mientos, uno solo de los gestos de la fisonomía de su hija, ni durante el resto del día ni en el siguiente, en que Enriqueta pudo abandonar el lecho. Aunque el doctor manifestó que la fiebre había desaparecido por completo, y aunque tanto el aspecto como las frases de la joven indicaban una especie de serenidad, la madre continuaba sintiendo miedo ante la llama que brillaba en los ojos de la joven, y ante aquella sensación inexplicable contra la que chocaba, tanto más, cuanto que habiendo querido volver á hablar de Francisco, la tarde del segundo día, no había obtenido de Enriqueta más que estas evasivas frases:

—Le ruego á usted, mamá, que dejemos este asunto. Me ha dicho usted que le dé una respuesta reflexiva. Cuando mi resolución esté tomada se la daré; pero volver á hablar ahora de eso, sería arriesgar la calma que usted me ha devuelto...

La señora Scilly no osó decir que precisamente esta calma y el repentino cambio que en ella notaba y que no esperaba de un modo tan completo ni misterioso era el motivo mayor de su extrañeza. Una vez más su maternal instinto tenía razón, haciéndola presentir en aquella alma apasionada una resolución contraria al perdón que todo le hacía desear. Había sabido la traslación á otro sitio de la señora Raffraye, y por otra parte, una nueva carta de Francisco mostraba en el joven una profunda melancolía, una verdadera ternura por Enriqueta. Pero la señora de Scilly había tocado una cuerda cuyas vibraciones no eran tan fáciles de gobernar como ella había supuesto, é iba á caer en ello demasiado tarde. Las palabras que había pronunciado pensando con ellas volver la cal-

ma al espíritu de su hija, aquellas palabras que son la esencia del dogma cristiano, ó sea la confianza en un Padre celestial habían determinado inmediatamente en la joven un impulso de arrepentimiento, muy natural en los espíritus que creen firmemente cuando la pasión les ha apartado por un instante de la fe. Enriqueta había, pues, aplicado toda su fuerza á orar con su madre, no solamente con los labios, sino que con el ser entero. Con una sensibilidad extraordinaria había dirigido sus súplicas al Hijo de los dolores, tras el que se oculta este otro dogma: la redención de los pecadores por el holocausto del cordero, la expiación de las faltas y de los crímenes, por la sangre de la inocente Hostia, la salud de la impureza por el martirio del que fué la pureza misma. Y al compás de estas oraciones una idea se levantaba en aquella alma herida, idea que iba á engrandecerla é iluminarla toda. Le pareció á la joven que en los sucesos que acababan de atormentarla había una intervención sobrenatural. ¿De qué se había ella lamentado con la cólera de una impía rebelión sino de ser herida siendo inocente, y por faltas que no había cometido? ¿Y qué le habían enseñado desde que comenzó á recibir el beneficio de la doctrina cristiana? Que nuestro primer deber es procurar imitar á la celeste víctima, al Crucificado que quiso dar ejemplo á la humanidad; y entonces fué cuando en el corazón y en la mirada de Enriqueta apareció aquella extraña luz que tanto espantó á su madre. Concibió la posibilidad de un proyecto, merced al cual haríase la luz en aquellas tinieblas en que se agitaba tan dolorosamente; y la posibilidad de una

expiación para su novio, á quien juzgaba tan culpable y tan criminal... pero á quien tanto amaba.

¡*Expiación!* Desde el momento en que esta palabra apareció en la mente de Enriqueta, convirtiéndose en punto fijo en torno al cual gravitaban todas sus ideas. En aquella fórmula se resumía la aspiración vaga y flotante aún hacía un sacrificio también poco definido pero cuyo desarrollo operábase en ella con rápida é irresistible lógica. Desde el primer momento, y emocionada por las palabras que su madre la había dirigido, tradujo la joven la mencionada palabra por resignación. Sí. Resignarse, sufrir lo que sufría valerosamente, y ofrecer aquel sufrimiento á Dios como pago de la deuda contraída por Francisco. Durante las primeras horas que siguieron á su conversación con la señora Scilly, se complacía en no arrojar de su corazón las imágenes que tanto dolor la causaban; y cada vez que el vaivén de su espíritu le recordaba algunos de los más tristes episodios de los últimos días, lejos de evitarlos esforzábase en representárselos con gran lujo de detalles. Hundirse aquel cuchillo, y se retorció mientras pensaba:—Dios me ve, y sabe cuánto sufro: ve cómo acepto y bendigo este sufrimiento para pagar la deuda de ese desgraciado.—Y mentalmente dirigía una plegaria. Entonces sonreía á su madre, con aquella sonrisa de mártir, de la que la señora Scilly se espantaba. De esta suerte obtuvo una especie de aplanamiento de sus nervios, y aquella noche pudo dormir con un sueño reparador que no había disfrutado desde que oyó la terrible revelación de su prometido. Al despertarse, y con el sentimiento exacto de su situación, repitióse la misma palabra que pronunció

al dormir la víspera: ¡Expiación! Debo expiar por él... Pero fuese porque su cerebro ya reposado hallárase más capaz para llegar al término de sus ideas, fuese que la necesidad de dar á su madre una respuesta definitiva apareciese más claramente, quiso probar de un modo más exacto aquella fórmula de su sacrificio. ¡Expiar!... ¿Quería expiar? ¿Bastaba sufrir para conseguirlo?

Volviendo como la víspera al recuerdo de los episodios que habían determinado su actual crisis, representáronse ante su imaginación, y con más claridad, las personas asociadas á estos recuerdos; la antigua querida de Francisco y la hija de éste; vió la silueta de aquella mujer pálida y demacrada. La antigua cómplice de su prometido iba á morir acaso... ¡en qué soledad y desesperación! ¿Quién la había reducido á tal angustia, sino Francisco, atormentándola como acababa él mismo de confesarlo, abandonándola y rehusando creer que era el padre de aquella niña? ¿Quién se ocuparía de la pobre y delicada huérfana? ¿Sobre quién caería sino sobre Francisco la responsabilidad de su suerte en el caso en que llegara á ser completamente desdichada? ¿No era él su padre? ¿No la había dado la vida en condiciones muy comprometidas para él, tanto más graves, cuanto que la pobre niña veíase expuesta á infinitos peligros?

A tan tristes ideas unió Enriqueta otra que apareció ante ella involuntariamente; la idea de su perdón para Francisco. Veíase casada con él, comprendió que no gozaría de la dicha soñada; pero sería lo mismo porque le poseería, sería suyo, y la presencia del ser amado, por dolorosa que sea, produce una alegría capaz

de contrarrestar las más graves preocupaciones. ¿Expiar? ¿Qué hablaba de expiación si ni ella ni su novio podían reparar el mal causado por éste? ¿Reparar el mal? ¿Cómo? Sólo un medio existía. Y nada más que al pensar en él sintió Enriqueta que sus impulsos se detenían y que su voluntad retrocedía ante la enormidad del esfuerzo más grande que puede imponerse el alma de una mujer enamorada.

—No,—gemía,—¡no puedo! ¡No me pidas esto, Dios mío! No hubieras permitido que le amase yo como le amo para que le entregue á otra mujer.—Lo que ella rechazaba con un movimiento de horror era esta visión repentina: Francisco borrando del único modo posible las funestas consecuencias de sus antiguas culpas, de su adulterio y de su abandono; Francisco, su Francisco, ocupando el único sitio desde el cual podía llamar á aquella niña su hija, y para ocuparse de ella como un verdadero padre; Francisco dedicando su vida á curar las heridas que había causado á Paulina Raffraye, con el título que podía ostentar toda vez que ella era libre. Esta idea de tal matrimonio entre aquella mujer á quien odiaba á pesar suyo, con todos los celos retrospectivos de un amor apasionado, y aquel hombre á quien ella continuaba amando no obstante el menosprecio que le inspiraba, le era tan intolerable que de nuevo hacía caer á Enriqueta en aquella furiosa desesperación contra la que tan sólo su fe había prevalecido,

La visita del médico, que la encontró, sin embargo, tranquila, para permitirle que se levantase, vino á interrumpir esta meditación en que la joven volvió á caer atraída, precisamente, por el exceso de sufrir-

miento que semejante imagen envolvía. La primera señal de su gran exaltación mística era aquel afán de lacerarse el espíritu, aquel frenesí de mutilar su naturaleza, que el anacoreta expresaba en esta frase de doloroso éxtasis: «Todo está en la cruz del martirio, todo estriba en morir.» Aunque el drama moral que atravesaba Enriqueta fuese de esos que otros han atravesado sin zozobras, se encontraba en una disposición de ánimo semejante á la que arrancó ese grito sublime á un monje sediento de martirio.

—¡Qué cobarde y débil soy!—se dijo de pronto.—La cuestión no es saber si seré ó no más desgraciada de lo que soy. Yo he sido elegida como medio de salvación de Francisco. Lo seré.

En tal hipótesis de providencial destino, transformaron aquella alma exaltada los consejos de piadosa resignación que su madre le dió, y aún tuvo valor para volver á pensar en aquel extraño y doloroso proyecto contra el que su corazón había protestado.

—Sin mí—pensó,—si Francisco se hubiese encontrado con Paulina y con la niña, hace dos años, por ejemplo, ¿no haría Francisco cuanto fuera posible para casarse con ella? ¿No sería este su deber? ¿Y ahora, qué obstáculo hay para el cumplimiento de este deber? Una promesa que él no hubiera hecho ni yo aceptado, de saber entonces lo que hoy sé... «Pero el amor que no se rinde á los razonamientos alzó su voz, y la joven se dijo: «¿Y si mi sacrificio resulta inútil? ¿Si me decido á romper definitivamente nuestras relaciones para que él se dedique por entero á esa mujer y á esa niña encontradas por milagro, y después esa mujer le rechaza, como ya lo ha hecho...?»

Y esta idea, á su pesar, la llenó de alegría que pronto se transformó en remordimiento. El escrúpulo espantado ante la esperanza, es el segundo síntoma de la fiebre mística. Cuando nuestra alma quiere, según la frase de la más entusiasta de las santas, *sufrir ó morir*, la menor perspectiva de felicidad se nos antoja criminal concesión. Enriqueta luchó contra aquella tentación con más ardor con que había combatido el irresistible impulso de su corazón que la había hecho complacerse en la idea del obstáculo que independiente de su voluntad, pudiese levantarse entre Francisco y Paulina.

—No—concluyó, empleando, aunque en un sentido muy diferente, las mismas palabras de su madre.—La mano de Dios está en todo esto. No es posible que el sacrificio que Él me ha inspirado sea estéril. A Él debo pedir fuerzas, y acabar la obra de expiación que Él me ha trazado, y ante la que no debo retroceder. Dadme, Señor, fuerzas para ir á confesar y comulgar, y todos nos salvaremos.

¡Cuán distinta significación había dado á las palabras de la señora Scilly! Este vehemente deseo de aproximarse á la santa mesa, la certeza que abrigaba de recibir en ella un auxilio sobrenatural, produjéronle emoción tan intensa, que á la mañana del tercer día el doctor Teresi encontró á la enferma de pie y vestida para salir. Cuando la joven le pidió permiso para ir á la iglesia, el doctor se lo concedió con la mayor sorpresa de la señora Scilly.

—Volverá curada—respondió á las objeciones de ésta cuando estuvieron solos.—Deseos de enfermos

que se deben respetar, porque nunca debe contrariarse el sistema nervioso.

Para el fisiólogo, el drama moral en que habían estado á punto de zozobrar la razón y la fe de Enriqueta, no era más que lo siguiente: Un accidente nervioso, pasajero, producido por un fenómeno de hipnotismo subjetivo; como seguramente hubiera dicho á la madre á haber ésta comprendido el tecnicismo científico moderno. Pero el punto vulnerable de tales hipótesis, es que no se explica nada de aquello que constituye el fondo mismo del alma humana. ¿Por qué ciertas ideas poseen la virtud de ennoblecer y de consolar? ¿Por qué nos volvemos hacia ellas en ciertos momentos y no en otros? ¿Cuál es el principio esencial de ese heroísmo interior que se llama martirio? ¿Qué es la oración, y qué es esa gracia, ese don de paz profunda que, aun quebrantando los instintos fundamentales del ser humano, nos proporciona la felicidad? La ciencia, cualquiera que sea su nombre, que reduce la existencia del alma á un mecanismo, no puede dar contestación á estas preguntas. Determina series de ideas, señala condiciones físicas. Pero no tiene más remedio que confesar sinceramente su ignorancia ante fenómenos que no tienen nada de la locura ni de la enfermedad, puesto que se acompañan del equilibrio entero, de la razón, de la lucidez intelectual absoluta, y algunas veces de la salud completa, como aquellos que producen en las almas creyentes la práctica de ciertos sacramentos. Cuando Enriqueta se encontró en un rincón de la capilla del Dome, donde había querido comulgar, arrodillada, la frente entre las manos, con esa impresión de una

conciencia limpia por la absolución de sus menores pecados, llevando en su sangre la carne y la sangre de Dios, sintió que un rayo de luz iluminaba su espíritu, que una infinita ternura la invadía, y como maravillada por la alegría de una de esas visiones que unen al pensamiento habitual algo de éxtasis.

Aparecía en su imaginación, como en el cristal de una linterna mágica, una imagen casi en seguida desvanecida, pero cuya fugaz presencia bastó para prestar nueva energía á su espíritu... Vió la ensangrentada faz del Salvador, la sagrada espalda doblada al peso de la cruz, y la marcha hacia el funesto calvario. «El Señor se volvió y miró á Pedro», dice una de las frases más sublimes del Evangelio, y á ella le pareció que también se volvían á ella los ojos del Divino Maestro inspirándole confianza; aquellos labios no decían nada, pero sus miradas hablaban de un modo claro y distinto; le decían que el rescate del alma de su amante le estaba concedido; le prometían que sus lágrimas, su amor, su abnegación no serían en vano... La visión desapareció; pero la resolución de Enriqueta estaba tomada con tan profunda alegría, que por primera vez engañó la perspicacia de su madre. Cuando Enriqueta volvió de la iglesia iba como rodeada de tal aureola, que la Condesa la besó diciendo:

—Veo que has perdonado... Soy muy dichosa...

—Sí, madre, es verdad, he perdonado.

—Entonces puedo escribir á quien tú sabes para que venga.

—Usted me ha dejado en libertad para adoptar mi resolución. Ya está tomada y para siempre; pero no

es la que usted cree... He perdonado á Nayrac, pero jamás seré su mujer...

—No; tú no puedes hablarme de esa manera—exclamó la madre.—Tú le amas; lo sé, como también sé que él te ama, y entre vosotros no hay más que una falta de su pasado que no puede destruir todo vuestro porvenir...

—Repito á usted que nunca seré su mujer, aunque no le guardo rencor. Ya ve usted que hablo sin exaltación y sin fiebre; pero no por eso deja de ser mi voluntad irrevocable...

Quedóse la madre silenciosa, comprendiendo que tenía que habérselas con una de esas energías con las que no se discute. Sentía asombro y terror, como si se hallase junto á un abismo sin fin. Tuvo miedo, si preguntaba á su hija, de oírle pronunciar otras palabras más graves, y la dijo:

—Es cierto que te he dejado libre; pero, ¿y si ahora te pidiera que esperases ocho días para anunciar esa ruptura á Francisco?

—Tantos días como usted quiera—respondió Enriqueta.—Solamente que quedarme más tiempo en Palermo rodeada de tantos recuerdos me hará sufrir mucho más; pero, aun así, acepto. Y á mi vez voy á pedirle á usted dos cosas, si es usted para mí tan buena como siempre.

—¿Cuáles, hija mía? Sabes que por tu felicidad daría yo hasta la última gota de mi sangre...

—Pues bien—dijo la joven.—La primera es que abandonemos Sicilia en el término de ocho días.

—Sí... concedido. Me dieron á elegir entre Palermo y Argelia. Tomaremos el barco que va de aquí á

Túnez. Es un viaje muy fácil. Ahora que estoy repleta comprendo que la estancia aquí te sea dolorosa; á mi tampoco me sería agradable... ¿Y la otra petición?

—Quisiera unir una carta á la que usted va á escribir á Nayrac, anunciándole que le devuelvo su palabra.

—Será como deseas; pero confío, á pesar tuyo, que mandaré á Catania otra carta, y que seremos tres los que nos vayamos á Argelia.

—Pues yo sé que no—respondió la joven.

Y cuando cogió la mano de su madre para besarla en señal de agradecimiento, pudo ver la Condesa que no llevaba ya su hija en el dedo el zafiro de su sortija de novia.